

La honradez y la riqueza



Carta
9

Querida hija... Querido hijo...

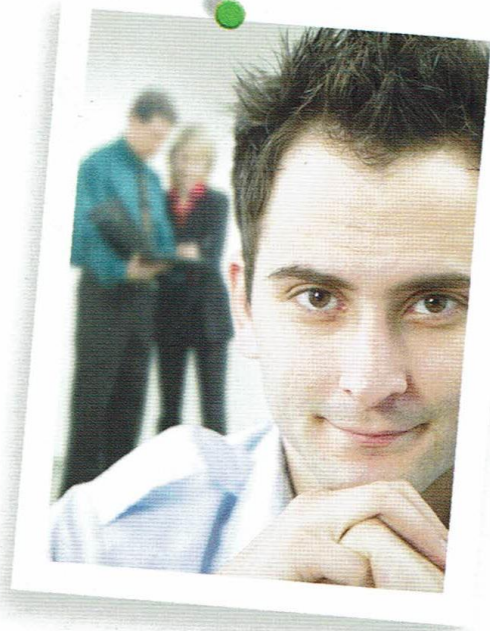
¡Márcate una meta ennoblecedora, busca la bendición del cielo y luego lucha con tesón hasta alcanzarla! Pero no te equivoques pensando haberla logrado cuando todavía no hayas llegado a ella. No te conformes con la suposición de que ya eres lo que esperabas ser cuando, en realidad, todavía estás muy lejos de serlo. Una moneda falsa puede parecerse mucho a la verdadera, pero no por eso deja de ser una imitación. Podrá engañar a cierto número de personas, pero su fin es inevitable: ojos expertos descubrirán la verdad y esa moneda irá a ocupar un lugar entre las cosas inútiles y hasta peligrosas. Alguien ha dicho que el hombre es una imitación de lo que debería ser. En esta definición hay indudablemente mucho pesimismo. Sin embargo, debe servir para ponerte en guardia, no contra otros, sino contra ti mismo. Emerson dijo: "Tomen el lugar y la actitud que les corresponda y todos les obedecerán. El mundo permite que cada cual se valore a sí mismo". Tásate, hijo mío, con una medida real y estarás obrando con honradez. Tu valor estará determinado por tu conducta íntima y no por las distintas circunstancias exteriores de la vida. Todas ellas no son más que accidentes que, antes o después, pasarán, pero tú quedarás. Lo que realmente seas permanecerá contigo para siempre. Hace muchos años dijo el filósofo Séneca: "Deben medirse


los hombres por su conducta, no por sus funciones. La conducta es obra de cada uno, la función la impone la suerte”.

No te rodees de la falsa aureola que la soberbia proporciona a quienes se dejan engañar por ella. Algunos, cuando son soberbios y despóticos, creen ser fuertes. Cuidate de ese peligro. No caigas en la vanidad de suponer que el eje en torno al cual gira el mundo eres tú. La soberbia es una de las principales causas de fracaso en la vida y pocas personas hay tan antipáticas como quienes la padecen. Una de las fuentes de la soberbia es el amor propio desmesurado. ¡Cuántos se parapetan tras ella para compensar su falta de mérito! Y hay quienes llevan su soberbia hasta tal grado de ridiculez que cuesta trabajo tomarlos en serio. No, hija mía... hijo mío, las personas de verdadero valor no necesitan de ningún artificio para destacarse: lo hacen naturalmente, sin esfuerzo alguno. ¡Cuánta verdad encierra

el proverbio turco que dice: “Una onza de vanidad deteriora un quintal de mérito!”

Encauza tu vida por caminos que produzcan verdadera satisfacción. El engreído vivirá siempre con el alma poblada de humo. Será una carga que los demás sufrirán con mucha dificultad. Él, a su vez, tampoco soportará a quienes no quepan en el mundo ficticio que le crea su vanidad. Mantener ese mundo artificial que proporcionan la soberbia y la infatuación cuesta tanto, exige un esfuerzo tan continuado y agotador, que el carácter termina por agriarse y la persona se hace intratable y difícil de sufrir.






Mídete, hija mía... hijo mío, con una medida exacta, porque eso es honrado, y busca en las cosas la sana alegría y el gozo que hay en ellas. ¡Cuántos arrastran una vejez prematura porque no saben vivir, porque ajan el tesoro de su juventud y lo deforman a fuerza de actitudes y sentimientos ficticios! Gregorio Marañón afirmó: “A la postre, el joven será viejo si no muere antes, y el viejo, si sabe serlo, conservará los valores trascendentes de su pasada juventud, sobre el tesoro de su actual experiencia y sabiduría.

“Por eso, cuando alguien me dice, como un mérito, que es joven, le respondo siempre que eso, probablemente, no le interesa a nadie más que a él. ¡Cuántas veces el joven que se jacta de serlo —que casi siempre es el menos dotado de auténtica juventud— nos descubre, a las primeras palabras, el alma poblada de arrugas y canas!”

Ya te lo he dicho antes, y te lo repito ahora, que la más pura fuente de verdadero gozo y de genuina alegría, es la que proporciona el libro que se conoce como las Sagradas Escrituras. Nada hay superior a él. Su mensaje es tan grandioso, tan extraordinario, que llega a lo más profundo del corazón. Contiene la enseñanza del auténtico Jesús de Nazaret y no del Cristo deformado que presentan quienes lo conciben de acuerdo con sus propios conceptos o debilidades. En el Santo Libro, el Maestro ofrece toda la genuina alegría que surge de la verdadera práctica de la religión. En ella dice Jesús: “Muy bien, eres un empleado bueno y fiel; ya que fuiste fiel en lo poco, te pondré a cargo de mucho más. Entra y alégrate conmigo” (Mateo





25: 21). Jesús promete gozo y no golpes al pecho; alegría, satisfacción y plenitud, y no sufrimiento y pesimismo, ni saco y cilicio.

Busca en el Libro Sagrado la norma para tu vida y tu honradez. Si lo haces, tus días serán más placenteros, más llenos de optimismo y tu juventud será más real y permanente. Hijo mío, en estas cartas te voy diciendo las cosas que pienso y siento, a medida que las pienso y las siento. Te he dicho ya que la vida a la cual entras te reserva triunfos, placeres y obligaciones. Descubre cuanto antes cuáles son tus deberes en la vida; solo así podrás cumplirlos cabalmente. Se dice que en cierta oportunidad Alejandro Dumas, hijo, declaró: “Es fácil


cumplir con el deber; difícil, a veces, es saber cuál es”. Pero en la Sagrada Escritura tus deberes se hallan claramente determinados y se te ofrece toda la ayuda del Cielo para cumplirlos.

Una de las responsabilidades de tu honradez que debes cuidar más celosamente, es la que se relaciona con tus palabras. Que siempre sean honradas e íntegras. Ya sabes que a veces las palabras pueden hacer más mal que el peor de los actos.

Alguien afirmó: “Pongo el mismo cuidado en no decirle a una mujer o a un hombre una mala palabra que el que pondría en no darles una moneda falsa”.

Hallarás, hijo mío, que hay quienes son capaces de abstenerse de pronunciar palabras indecorosas cuando están frente a las damas, pero que suponen que cuando ellas no están presentes, tienen plena libertad para hablar en términos desmedidos,





chabacanos y hasta faltos de moral. ¿Te acuerdas del famoso general Grant, el héroe de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos de América? Ya sabes que se distinguió por la honestidad de su carácter. Jamás se le oyó proferir una sola palabra indebida ni pasó por sus labios la menor falta de delicadeza. Todo lo que él decía podía repetirse en presencia de señoras. Cuando era presidente de los Estados Unidos, nunca quiso firmar un nombramiento si sabía que la persona propuesta era de dudosa moralidad. En cierta ocasión estaba con unos amigos, cuando la conversación recayó en temas escabrosos y de poca moral. Levantándose de pronto exclamó: “Perdonen ustedes, caballeros, yo me retiro”.




Durante la Guerra de Secesión uno de los generales del Estado Mayor entró en una tienda de campaña, donde por casualidad estaba el general Grant, y con aire alegre dijo a los que estaban allí sentados: “He de contarles un caso curiosísimo ahora que no hay señoras presentes”.

Grant le atajó la palabra diciéndole: “Es verdad que no hay señoras, pero hay caballeros”.

Nunca olvides el proverbio oriental que dice: “Los hombres tienen una ventaja sobre los animales: la palabra. Pero si las palabras no son discretas, es preferible el animal al hombre”.

Se dice que cierto día se presentó un joven en la escuela de elocuencia de Isócrates solicitando ser admitido como discípulo y rogó que se le indicara cuánto debía pagar. Isócrates lo escuchó atentamente y luego le indicó que debía pagar el doble de lo que pagaban los demás.





—¡Cómo! —exclamó sorprendido el joven—. ¿Yo soy solo uno y quiere usted que pague por dos?

—Es que —explicó Isócrates—, aunque eres uno tendré que trabajar contigo más que con dos.

—Pero, ¿por qué?

—Pues es muy sencillo. A los demás solo les enseño a hablar, y a ti tendré que enseñarte también a callar.

¿Entiendes la moraleja que hay en esto?

Mas por encima de todo está la enseñanza del Señor Jesucristo. En el Sermón del Monte dijo en forma terminante: “Baste con decir claramente ‘sí’ o ‘no’. Pues lo que se aparta de esto, es malo” (Mateo 5: 37).

Habiéndote dicho estas cosas es necesario ir algo más lejos. Esto es, que nadie podrá hablar bien si piensa mal. **Nadie podrá decir cosas buenas si tiene malos pensamientos. Es que, a fin de cuentas, nuestras palabras son la expresión de nuestro ser interior.** Este, a su vez, se manifiesta abierta o verdaderamente en nuestras palabras. Somos lo que hablamos. Escucha lo que dijo el Maestro:

“¡Raza de víboras! ¿Cómo pueden decir cosas buenas, si ustedes mismos son malos? De lo que abunda en el corazón, habla la boca. El hombre bueno dice cosas buenas porque el bien está en él, y el hombre malo dice cosas malas porque el mal está en él. Y yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de cualquier palabra inútil que hayan pronunciado. Pues por tus propias palabras serás juzgado, y declarado inocente o culpable” (Mateo 12: 34-37).

Las palabras condenan o salvan porque son la expresión de nuestro carácter y el carácter es lo que se juzga en el individuo.

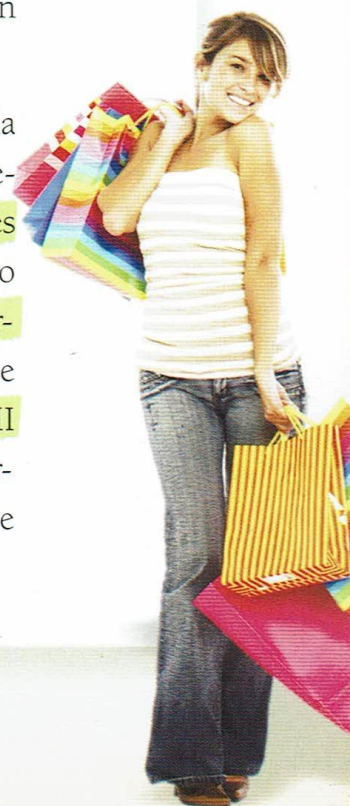
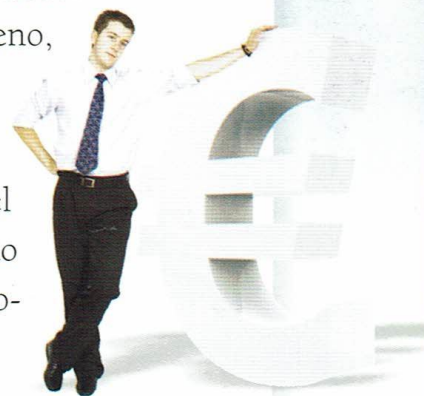



“El hombre bueno —dijo el Maestro—, dice cosas buenas”. Recuérdalo siempre, hija mía... hijo mío. Que tu corazón sea bueno, noble y honrado para que produzca obras buenas.

Se dice que Teodota se vanagloriaba ante Sócrates de que era capaz de quitarle todos sus discípulos. “Es posible —dijo el sabio— porque los haces bajar por una pendiente fácil, en tanto que yo los obligo a subir a la virtud, pendiente ardua y desconocida para la mayor parte de los hombres”.

Sé íntegro y honrado. El Todopoderoso te ayudará a serlo si le demandas ayuda y fuerza. Voy a citarte otra vez las siguientes palabras inspiradas que tú conoces muy bien y que sé que son caras a tu corazón: “La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres cuya conciencia sea tan leal al deber, como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos” (Ellen G. White, *La educación*, p. 54).

Que Dios te ayude a ser un hombre honrado e íntegro, a quien nada ni nadie pueda desviar de su deber. Que el cumplimiento de ese deber sea la esencia de tu vida. ¿Te acuerdas del caso de Andrés Marvel que cita Smiles? “Marvel era un patriota de antiguo molde romano. Nació en Hull a principios del reinado de Carlos I. Se publicaron sus sátiras contra la corte y sus parásitos, que fueron leídas por todas las clases sociales, desde el rey Carlos II hasta el último de sus súbditos. El rey decidió ganarlo para su partido. Fue amenazado y halagado; fue contrariado y rodeado de





espías; fue acechado por salteadores y cortejado por bellas mujeres. Mas ninguna Dalila pudo descubrir el secreto de su fuerza. Su integridad era a toda prueba, contra todo peligro, lo mismo que contra la corrupción.

“Damby era el encargado del tesoro. Creyendo poder comprar a su antiguo condiscípulo, fue a visitar a Marvel en su buhardilla. Al marcharse deslizó en su mano una orden de pago por mil libras esterlinas. Marvel miró el papel, y dijo al tesorero:

—Mi señor, le pido un momento más.

Subieron de nuevo a la buhardilla y Marvel llamó a su sirviente.

—Juan, ¿qué tuve ayer para comer?

—¿No se acuerda, señor? Fue la pierna de cordero que me mandó pedirle a una vendedora del mercado.

—Exactamente, muchacho. ¿Qué he tenido hoy para comer?

—Señor, usted me dijo que le asara un pernil.


—Así es, justamente.

Y dirigiéndose a Marvel, el tesorero le dijo :

—Mi señor, ¿ha escuchado? La comida de Andrés Marvel ya está disponible. Aquí está su pedazo de papel, no lo quiero.

Cuenta Nemesio García Naranjo que cuando el mariscal Ney, después del desastre de Waterloo, era juzgado en París por el delito de alta traición, su defensor tuvo la ocurrencia de hacer notar al tribunal que Ney no había nacido en Francia, sino en Sarreluis, que entonces formaba parte del ducado de Luxemburgo y luego fue territorio de Prusia. Asimismo arguyó que no siendo francés, tampoco era súbdito de Luis XVIII, y por tanto no había cometido el delito de alta traición. El argumento era hábil e irrefutable. Pero el primero





en rechazarlo fue el propio reo, que se levantó indignado del banquillo y dijo en tono airado: “Prefiero morir como francés, que salvarme amparado por otra bandera”.

¿Cómo habría podido el mariscal Ney, hombre de principios, comprar su salvación y su libertad mediante un subterfugio que hubiera sido la negación de aquello por lo cual había combatido toda su vida?

Cuando la guerra civil norteamericana, una compañía de seguros le propuso al general Robert E. Lee la presidencia de la empresa con un sueldo notablemente alto. El general explicó a los directores de la compañía que no sabía nada sobre los seguros de vida y que, por lo tanto, la remuneración que le ofrecían era exagerada. Le respondieron que no pretendían que supiese mucho sobre seguros, que solo les interesaba hacer uso de su nombre. “Y bien, señores —repuso Lee—, si mi nombre es tan valioso, ¿no creen ustedes que debo usarlo con sumo cuidado?”

Rechazó el ofrecimiento que se le había hecho y aceptó la dirección de un pequeño colegio con un sueldo de mil quinientos dólares anuales.

Hijo mío, inspírate en estos ejemplos y, sobre todo, en el magnífico e incomparable ejemplo de Jesús de Nazaret, quien debe ser el ideal supremo de tu honradez. Vive de acuerdo con sus principios y tu corazón producirá obras buenas, pensamientos nobles y palabras de las cuales no tendrás que avergonzarte.

